

**DESARMA Y SANGRA.  
LO ADVERSO Y LA PASIÓN.  
HACIA UNA ESCUELA DEL VIVIR.**

**Pablo ETCHEBEHERE**

**Resumen**

Una canción argentina llamada *Desarma y Sangra* sirve de ejemplo a este trabajo que busca mostrar por un lado el lugar que ocupa lo adverso en la vida del hombre. Lo adverso entendido como lo que irrumpe en nuestra vida, desarma todas nuestras opiniones. Su acogida implica sangrar, esto es, padecer eso adverso que nos invita, empero, a seguir viviendo. Por otro lado, el trabajo se propone mostrar la necesidad de dar lugar a una escuela que enseñe a vivir, integrando el eros, el logos y el ethos.

**Abstract**

**Disarm and bleed. The adverse and the passion. Towards a school of living.**

An Argentinian song called *Desarma y Sangra* [Disarm and Bleed] serves as an example for this work, which seeks to show, on the one hand, the place that *the adverse* occupies in human life. The adverse, understood as that which erupts into our lives, disarms all our opinions. Accepting it implies bleeding, that is, suffering that adverse which, nevertheless, invites us to continue living. On the other hand, the work proposes to show the need to create a school that teaches how to live, integrating eros, logos, and ethos.

**Palabras claves:** Adverso. Pasión. Vida. Afectividad.

**Key words:** Adverse. Passion. Life. Affectivity.

## Devenir y vida

“Su voz declara:/ Nadie baja dos veces a las aguas / Del mismo río. Se detiene. Siente /Con el asombro de un horror sagrado /Que él también es un río y una fuga”. La cita de Borges (2011, p. 238) sirve de horizonte desde donde examinaremos el tema de lo adverso. También nosotros, como el griego, sentimos la impresión de que estamos hecho de tiempo y que, además, no podemos detener su fluir. Esta imposibilidad nos lleva a tener que interpretar ese fluir, interpretación ésta que suele darse de un modo irreflexivo, asumido desde un decir o sentir común, incluso desde una cultura.

A nuestro entender solemos interpretar el fluir del tiempo de cuatro maneras.

La primera es el *retorno de lo mismo*. En esta interpretación el hombre siente una invariabilidad de los acontecimientos, invariabilidad que es reforzada por la afirmación de un ritmo natural ya sea de vida y muerte, ya sea del paso de las estaciones. De este modo, hay un tiempo de reír y otro de llorar, hay un tiempo de sembrar y de cosechar, de nacer, crecer, morir. Mirada circular sobre el fluir donde, en el fondo, *nada nuevo hay bajo el sol*.

Otra forma de interpretar el devenir es de un modo opuesto al anterior. Ya no pensamos en que hay regularidad sino todo lo contrario, arbitrariedad, ruptura de ciclos, caos. De este modo vemos el fluir de la realidad, el fluir de las cosas, desde *lo azaroso, lo casual y aleatorio*.

Si acaso alguien sugiriera un orden éste proviene de un miedo a enfrentar la total imprevisibilidad de lo que acontece. En el fondo todo orden es una forma de escapar a ese miedo. Así entonces, nos instalamos en el fluir desde la suerte: *lo que toca, toca, que la suerte es loca*.

Entre ambas formas aparecen otras dos maneras de interpretar el fluir. Una de ellas es *el optimismo*. Aquí el fluir se piensa desde un futuro que va progresando sobre el presente y el pasado. Una forma literaria de representarla la encontramos en el cuento *Cándido*, de Voltaire, y sobre todo en la figura del filósofo Pangloss (cfr. Voltaire, 1960). Otra, aquella

que quiere *criticar irónicamente todo optimismo* -sobre todo el leibniziano- dado que los personajes frente a todas las adversidades y desgracias no dejan de pensar *lo que nos pasa es lo mejor que nos puede pasar*. Vulgarmente solemos decir: *todo pasa*, o *vas a ver que esto te fortalece*, o *siempre que llovió, paró*.

La última de las formas es la del *pesimismo*. Aquí la figura del fluir es la de la decadencia, que surge por comparar lo actual y lo porvenir alejado de una época dorada, alcanzando así la expresión de un paraíso perdido. Todo lo que acontece es un indicio de una desgracia que puede irrumpir en cualquier momento y desatar una crisis que no será nunca una oportunidad. Así sentimos, vulgarmente, que el devenir añora un tiempo pasado donde todo fue mejor.

Queremos hacer notar que en cada una de estas interpretaciones hemos echado mano de expresiones comunes, que brotan de nuestros labios al encontrarnos en una adversidad, en una desgracia. Estos dichos o frases tienen el poder de toda convicción: nos parecen irrefutables. Pero, ¿es esto así?, ¿no hay más que frases para entender el devenir?

Los modos citados de interpretar el devenir o fluir son afirmados de modo irreflexivo, es decir, son tomados del común sentir y no es extraño que saltemos de una a otra interpretación. Incluso hay períodos en la historia que asumen, sin más, estas formas de ver el devenir. Así encontramos, momentos de quietud, de eterno descanso, sin grandes variaciones, o también momentos donde prima la sensación de decadencia (Beiser, 2022) o de entusiasmo. Sensaciones éstas que se vuelcan, sobre todo, en la literatura.

El análisis existencial tiene otra mirada para interpretar el devenir o fluir. Para explicarlo queremos presentar dos distinciones. La primera tiene que ver con la diferencia que Viktor Frankl propone entre facticidad y existencia (cfr. Frankl, 1978, 1987, 1988, 2011, 2012). De acuerdo con esta distinción, podemos decir que las cuatro interpretaciones mencionadas anteriormente se encuentran en el plano de la facticidad, es decir, de lo fatal, se encuentran como destinos. El análisis existencial llama a trascender dicha facticidad, proponiendo otra forma de ver el fluir. ¿En qué consiste dicha interpretación? En que el hombre no asume el devenir

como una especie de *es lo que hay, es lo que ha tocado*, sino que interviene con su actuar en dicho devenir, lo hace suyo, dado que, y esto es lo esencial, descubre un sentido, descubre algo valioso que poner en el mundo. Ya no flota en la corriente para ver adónde lo lleva, sino que, por tener un sentido, orienta el devenir. Al dar respuesta al devenir, no descarga la responsabilidad en lo otro, sino que interviene activamente en ese devenir. Superamos así las categorías de éxito-fracaso, propias de un devenir irreflexivo optimista o pesimista, con las categorías de realización y desesperación (Frankl, 2018).

Esto nos lleva a la segunda distinción que es que, al intervenir responsablemente en el devenir, lo convierte en vida. Esto supone mirar el devenir no solo desde la responsabilidad sino desde la conciencia, de ahí el carácter reflexivo. Al hablar de vida queremos mirar el devenir como una tarea, como una conformación de la realidad a la cual el hombre es llamado: en la vida un sentido clama por su realización. Esto nos hace distinguir dos momentos del sentido, uno, que podríamos llamar en potencia, que es el momento en que la vida nos llama, clama por nuestra atención. El otro momento del sentido, que podríamos llamar en acto, es el sentido realizado, dejó de ser ideal, dejó de estar en el ámbito del proyecto, para ser el sentido real, concreto, referido a la persona y a la situación, al cual el hombre ha respondido, ha encarnado: lo hizo real.

Así entonces pasamos del devenir a la vida, en tanto que el clamor del sentido despierta lo espiritual del hombre, lo saca de la apatía propia de la facticidad. Pero el hombre debe, a su vez, responder -consciente y responsablemente- al clamor del sentido.

## **Lo adverso y la adversidad**

Queremos en este trabajo desarrollar lo que Frankl ha llamado una *noodinámica*, es decir la dinámica de lo espiritual pero en relación con el sentido en potencia, es decir, el sentido que clama, pero aún no tiene la respuesta del hombre (cfr. Frankl, 2018). Y, también es justo decirlo, ese clamor a veces tiene una voz dulce; otras, en cambio, de triste amargura. Podríamos haber utilizado el término *adversidad* para desarrollar dicho clamor, pero hemos preferido el de lo adverso. Por varias razones.

La primera razón responde a que adverso tiene una formulación concreta mientras que adversidad tiene una formulación abstracta, es decir, impersonal, ideal, universal. Si lo relacionamos con el tema del devenir, y esta es la segunda razón, la adversidad por ser impersonal apunta a lo fatal, es decir, viene de afuera y somete al hombre, excusando toda responsabilidad. Lo adverso en cambio, en el sentido que queremos proponer, se dirige a la persona concreta, única e irrepetible, y que por lo tanto tiene que dar cuenta, porque en ello va su vida. Así entonces, la adversidad es fácilmente integrada en las interpretaciones del devenir ya sea de eternidad, de optimismo o decadencia; mientras que lo adverso, en cambio, suscita la pasión, cala, podríamos decir, más profundo, en lo espiritual. Es más, la integración de la adversidad en el devenir le quita todo carácter trágico. Como dice el refrán popular: *mal de muchos, consuelo de tontos*, o aquél otro consejo: *siempre que llovió, paró*, donde se apela a una solución mágica independiente de nosotros: la culpa es de otro y la solución también es de otro.

La tercera razón tiene que ver con la etimología de la palabra. Adverso no se reduce a lo negativo, como sí, en cambio, la adversidad. La semántica de lo adverso es más amplia. Adverso significa etimológicamente “lo que detiene el girar de las cosas”. Así entonces, lo adverso se presenta en el devenir, deteniéndolo, llamando, podemos decir, a la reflexión o, mejor aún, a tomar conciencia de eso mismo que se me presenta.

En su oposición al sujeto, lo adverso trasciende una mirada homeostática de la vida, trasciende, como ya vimos, el binomio éxito-fra- caso: le exige al hombre que no se someta al destino, sino que alcance su estatura de hombre. Lo adverso, en su oposición, despierta la capacidad propia del *homo patiens*, que es la de actuar pese a las circunstancias. De este modo el hombre se convierte en protagonista de su vida y no en mero antagonista del devenir.

Esta mirada de lo adverso no es original ni tampoco nueva. Queremos traer aquí a colación a un autor francés poco citado: Maine de Biran. Fue un filósofo francés, nacido en 1766 y fallecido en 1824, que estudió la influencia de lo físico en lo moral como también sobre la fuerza de voluntad. Nuestro filósofo dice: “Si nada se le resistiera al hombre no

conocería nada, no supondría ninguna existencia, ni tendría idea alguna de la suya propia” (de Biran, 1987, p. 138). “Sin un término que resista no hay esfuerzo y sin esfuerzo no hay conocimiento, ni percepción de ningún tipo” (de Biran, 1987, p. 137).

Sin entrar en un examen exhaustivo de los textos biranianos, podemos rescatar dos ideas centrales para el tema de lo adverso. En primer lugar, aparece la resistencia de lo otro, que, en su resistir, da cuenta de su existencia, es decir, notamos que algo existe porque se nos opone, se nos resiste. Pero en esa resistencia, a su vez, no solo aparece el objeto sino también la existencia del sujeto, la existencia de mí mismo.

Así entonces, lo adverso en su resistir hace notar, es decir, nos permite conocer, la existencia de las cosas y de mí mismo. Sin lo adverso caeríamos en un nihilismo tanto objetivo o mundanal, como subjetivo o personal.

Si prestamos atención, en cambio, al segundo texto, aparece ahí un elemento nuevo: el del esfuerzo. Lo adverso, como hemos venido diciendo, clama por su encarnación, pero dicha encarnación no se da en lo espontáneo, en lo *fácil*, reclama un trabajo, una labor. Dicho esfuerzo lleva a que el hombre trascienda la facticidad y así, al mismo tiempo, se auto-trascienda a sí mismo, abandonando la comodidad o, cómo se dice hoy, la zona de confort, y alcanzar así su realidad auténtica.

Creemos ver, entonces, en los textos citados de Maine de Biran un antecedente de la dinámica espiritual frankliana o noodinámica. Sin la resistencia de lo adverso el hombre sentiría un vacío, dado que, como dijimos, nada tendría ante sí, nada propio tendría en sí. Sin el esfuerzo el hombre no alcanzaría su deber ser, sino que se conformaría con lo que es, caería, por su actividad mezquina, en un vacío existencial. Viviríamos en el más profundo aburrimiento, en una paz donde nada me exige ni me resiste. Sin resistencia ni esfuerzo pasamos a considerarnos todopoderosos.

## Una escuela que enseñe a vivir

Una canción popular en argentina dice: “*no existe una escuela que enseñe a vivir*” (García, 1980); ¿hasta qué punto es cierto?, ¿hasta qué punto no podemos crear una escuela de ese tenor?

La segunda parte de este artículo tiene que ver precisamente con responder a estas preguntas. Sin duda es cierto, en parte, lo que afirma la canción. Aprender a vivir no es algo que podamos hacer a través de libros, *por correspondencia*, como se decía antiguamente, o *por videos*, más acorde a nuestra época. Mucho menos lo podemos hacer, como dice el lenguaje filosófico, *a priori*, es decir, antes de tomar contacto con la realidad, o también, sin experiencia. La vida, queramos o no, sólo se vuelve luminosa en el acto mismo de vivir, es decir, *a posteriori*, luego de haber sentido la vida. Por otra parte, la vida no es algo abstracto sino personalísimo, es decir, no podemos trasladar las experiencias de un hombre, sin más, a otro hombre.

Pero entonces ¿no se puede aprender a vivir? Sí, pero requiere de una pedagogía distinta. Veamos en qué. En términos generales y tomando lo desarrollado hasta ahora, podríamos decir que necesitamos una escuela que fomente resistencias y esfuerzos, atenta a la conquista del sentido. Hablar hoy en día de resistencias y esfuerzos en el ámbito de la escuela despierta prejuicios que hay que superar, porque no estamos hablando de dominación o control sino de reconocer la necesidad, ya lo hemos visto, del esfuerzo.

Necesitamos ampliar el horizonte de lo que entendemos por escuela, que articule un eros -afectividad- y un logos -razón o saber- con un ethos -ética-. En ese sentido, deberíamos fomentar un eros como camino al logos que exija una encarnación de dicho eros y logos en un ethos. Así entonces toda escuela de vivir, todo arte de vivir tendría tres ejes: eros, logos y ethos. A lo largo de la historia, y sobre todo en los últimos siglos de la educación, se hizo hincapié en el saber: educarse era volverse un animal racional, porque lo que se desarrollaba era solamente la razón. Así entonces, pareció que la única resistencia era la ignorancia y el único esfuerzo el intelectual, haciéndose así realidad el ideal de la Ilustración: *sapere aude*.

De este modo, otros ámbitos de lo humano quedaron descuidados, sin cultivo. Tal vez con la impresión de que no necesitaban atención, que abandonándolos a sus propias fuerzas estos se desarrollarían y alcanzarían su plenitud. Los ámbitos, a nuestro entender, abandonados fueron el de la afectividad y el de la eticidad. Surgió así, y lo estamos sufriendo, una gran desarmonía en las dimensiones del hombre, hasta, podríamos decir, fomentando neurosis noógenas. Como ejemplo bastan los personajes de ciencia ficción tanto en literatura como en el cine: los extraterrestres son siempre más feos, pero más inteligentes y, generalmente, con un mínimo de afectividad, como es el caso del vulcaniano Sr. Spock que no se deja turbar por las emociones.

Así entonces, en esta escuela que enseñe a vivir es prioritario, como ya dijimos, integrar los valores de afectividad -¿le estaremos dando así lugar a los valores vivenciales?- y a la ética. Un diagnóstico semejante hace Danielle Bruzzone (2025) en su libro *Sentir el sentido*. Allí leemos:

“la educación podría y debería ser el antídoto al analfabetismo emotivo que nos aflige, pero el intelectualismo al que se ha reducido el aprendizaje ha expulsado a la vida emotiva de la escuela, transformándola progresivamente -conforme se avanza en el grado en la instrucción- en un laboratorio aséptico de nociones para mentes desapasionadas” (Bruzzone, 2025, p. 35).

## **Tranquilizando las pasiones**

Esta mirada aséptica, este desapasionamiento con el cual se educa no es nuevo en la historia. Ya los estoicos y los epicúreos propusieron artes de vivir con el fin de que todo hombre alcanzara su fin. Podemos encontrar entre ellos modelos de enseñanza que junto al logos bucearon en las pasiones o, con otras palabras, tuvieron como sujeto de la educación al *homo patiens*. Pero vieron a las pasiones, no desde el lado de lo adverso, sino, prioritariamente, del lado de la adversidad: vieron a las pasiones como enfermedades -otro de los significados de la palabra *passio*- del alma. Tomaron en consideración todo lo que la afectividad podía desviar al hombre de su destino, sin poder integrarlo así al sentido.

Una de las pasiones dolientes a las cuales las diversas escuelas de filosofía han prestado mucha atención ha sido el miedo (Delumeau, 2022). Frente a esta pasión los antiguos propusieron un método para dominarlo y fue el de los cuatro remedios o *tethrapharmakon* -tengamos en cuenta que *pharmakon* en griego tanto significa remedio como veneno (Grassi, 2023)-. Estos eran: no temer a los dioses –porque no existen o no intervienen en la vida del hombre-, no preocuparse por la muerte –porque mientras estamos vivos ésta no existe y luego ya no existimos nosotros-, lo bueno es fácil de conseguir –porque no hay que buscar nada que nos supere, debemos contentarnos con lo que tenemos-, y lo terrible es fácil de soportar – porque pasará pronto o es algo que le pasa a todo hombre-.

Este método parece ser una educación del eros, de la afectividad, pero, a nuestro entender, blindo al hombre de todo padecer, negando, precisamente, la afectividad. Así entonces, si tomamos estos remedios la vida del hombre se llena de paz porque ha borrado de su horizonte todo lo que puede ser origen de una tragedia. Confinando al hombre a lo que es, no le damos la posibilidad -siempre trágica porque puede desesperar- de que alcance lo que debe ser: un hombre completo, un *homo patiens*. *Nada con exceso*, decían los griegos -y también los modernos- porque en ese exceso, en ese derroche, al hombre le cabe perderse. Se cierra, así, al hombre sobre sí mismo, se le niega al hombre la posibilidad de padecer su sentido en aras de la tranquilidad.

Todo lo adverso, entonces, no debe alcanzar la sensibilidad del hombre para que éste no sufra lo que hay que sufrir, como sería llorar a un ser querido. En este ejemplo se resumen todas las frases del consuelo: *es lo mejor que le pudo pasar* -optimismo-, *a todos nos toca* -eternidad-, *nadie sabe cuándo llega* -azar-. De este modo, todo lo adverso se vuelve banal, tanto el bien como el mal. Todo lo adverso se vuelve manejable por el hombre, a través, como vimos, de un *pharmako* específico.

Esta idea, seamos justos, no se desarrolló solamente en la Antigüedad, la encontramos en pleno siglo XIX, en un pasaje de Federico Nietzsche (1999). Allí leemos: “el gran resultado de la Humanidad es que no tengamos constantemente miedo a los animales salvajes, a los bárbaros, a los dioses, ni a nuestros sueños” (p. 20).

Todo lo adverso, nuevamente, se domestica como a los animales, o se educa como a los bárbaros, o se mata como a los dioses o se interpreta como a los sueños. Todo lo adverso, si usamos la técnica adecuada, se vuelve inofensivo y, aún más, bajo nuestro poder. Todo lo adverso pierde su carácter terrible para volverse esclavo, súbdito.

## **Eros, logos, ethos**

Una escuela que enseñe a vivir, y aquí está el desafío, no debe convertir a las pasiones, a las emociones, en algo vano, ni tampoco en objeto de domesticación. Una escuela que enseñe a vivir debe enseñarle al hombre a padecer. Como nos dice Bruzzone (2025): “El eros educativo estimula, no satisface. Realmente, el eros no se trata de tranquilidad, equilibrio, contención, si acaso más bien es tensión, sed, falta” (p. 37).

Una escuela que enseñe a vivir debe, por lo tanto, partir del corazón, como quería el padre del Positivismo, Augusto Comte, en su obra *Cathécisme positiviste*. Y no es ocioso mostrar las razones por las cuales es invocada esta centralidad del corazón. Así se expresa Comte (1966): “La profunda anarquía de las inteligencias [...] vuelve más necesaria que nunca la preponderancia del sentimiento, que solo mantiene preservada a la sociedad occidental de una entera e irreparable disolución” (p. 43).

Si bien han pasado muchos años de lo dicho por el positivista, hablar en nuestros días de corazón nos lleva a pensar en sentimentalismo superficial, alejado nuevamente de nuestros modelos racionalistas. A pesar de ser uno de los términos más ricos en la historia, dicha historia parece estar condenada al olvido. Sin embargo, debemos hacer notar que el corazón juega un gran papel en las antropologías judías como la de Viktor Frankl.

Hoy en día ha cobrado relevancia, aunque con una riqueza menor que la del corazón, el concepto de empatía. Este concepto, que engloba en sí a la simpatía, la antipatía y la compasión, le ha vuelto a dar importancia a la afectividad. Si bien apunta a la afectividad compartida con el otro, la empatía permite que el otro, en su solitaria alteridad, se convierta en prójimo, en cercano, en otro yo como los antiguos llamaban al amigo.

Con el tema del prójimo y del amigo, queremos presentar -solamente presentar- un tema importante en esta escuela de vivir. Si arraigamos la educación en *eros* como camino al sentido, al *logos*, estamos poniendo la afectividad en apertura a lo espiritual, es decir, la sacamos de la mera *sensación* para ubicarla en la dimensión propiamente humana. Por otra parte, si esta escuela de vivir da lugar a la empatía, pasamos de una escuela de lo intelectual a una escuela de la amistad. La formulación es extraña, ¿qué queremos decir con una escuela de la amistad? Sería aquella donde la persona, al ser considerada de un modo empático, deja de ser un mero individuo, un mero objeto, para ampliarse al ámbito cívico. Creemos que éste es uno de los aspectos más descuidados en la educación actual, al no considerar el ámbito humano de lo ciudadano, ámbito donde el hombre es, *junto a otro*, plenamente hombre. E ingresamos así al tercer eje, el del *ethos*.

Queremos traer aquí a colación una interpretación del hombre que hizo historia. En el siglo XII, en Guadix nacía un filósofo y médico llamado Ibn Tufail, hispanizado Abentofail, quien escribió una obra llamada *El Filósofo Autodidacto*. Narra el camino de perfección de un hombre que nació espontáneamente de la fuerza del sol y el barro y que por el solo hecho de vivir fue comprendiendo todo el universo y termina uniéndose con Dios (cfr. Abentofail, 2004). Esta obra fue traducida en el siglo XVII en Inglaterra y de allí en más se convirtió en un modelo a seguir. Dado el contexto histórico, fue leída como una liberación de toda autoridad al destacar las fuerzas del hombre independiente de todo otro poder. Creemos que aún hoy seguimos con modelos que fuerzan al hombre a construirse a sí mismo sin contacto con los demás -la experiencia del covid sirvió como banco de prueba- sin contacto con lo adverso y, como vimos, banalizando la adversidad.

Una escuela de vivir que, partiendo del *eros*, llegara al *ethos* pasando por el *logos*, no puede entender al hombre sino como prójimo, exigiéndole trascender miradas de odio o de hostilidad. Al escribir esto, nos damos cuenta de lo arduo, de lo adverso de la tarea. No nos hemos educado para traspasar miradas de odio, que son las más fáciles de experimentar y las que más nos apasionan, entendiendo pasión como enfermedad del alma, al modo de los estoicos. De ahí este clamor del sentido: ver al otro como prójimo, tarea actual y urgente de la ética. Dejar de lado el odio como motor de lo social para alojar la ética en su lugar.

Habiendo partido de las formas de interpretar el devenir y el fluir, notamos que dichas interpretaciones llaman a una reflexión que nos lleva a experimentar ese fluir como vida, dado que dejamos el ámbito de la facticidad para alcanzar el de la existencia. En esta dimensión vimos como lo real se nos presenta como adverso, es decir, como aquello que nos exige encontrarle un sentido. La distinción en lo adverso de la resistencia y del esfuerzo nos lleva a entender mejor la capacidad de oposición del espíritu que se despliega en el logro del sentido.

La reflexión sobre el devenir nos llevó también a preguntarnos si podíamos educarnos en el vivir. La forma en la cual la educación del vivir se desarrollaría sería articulando el *eros*, como momento inicial, en la tensión hacia el *logos* para, finalmente, encarnarse en un *ethos* que abarcara tanto lo individual como lo social.

## Conclusión

Si bien todos vivimos, vivir esa vida no debe ser algo mecánico, cuya dinámica se resuelve en juegos de estímulos y respuestas; tampoco -aunque cause escándalo- debe ser una búsqueda de bienestar, de autosatisfacción. La antropología frankliana no toma al hombre como es sino como debe ser. Desde esta perspectiva, lo humano del hombre, su dimensión específica se despierta gracias a la tensión con lo adverso, tensión que implica una resistencia y un esfuerzo. Esta tensión entre el ser y el deber ser no se da espontáneamente, sino que requiere una educación, un arte de vivir que debe ser cultivado. En este trabajo quisimos mostrar que una escuela de vivir no se debe reducir a lo meramente intelectual, que imparte reglas para ser feliz, tener éxito y que supone que, en su aplicación, dichas reglas son siempre eficaces. Una escuela de vivir debe integrar lo afectivo con lo intelectual, pero debe apuntar a una ética que ayude al hombre a encontrar su sentido.

*Pablo ETCHEBEHERE es doctor en filosofía; trabaja como docente y bibliotecario en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina.*

## Referencias

- Abentofáil, A. (2004). *El filósofo autodidacto*. Madrid: Trotta.
- Beiser, F. (2002). *Weltschmerz. El pesimismo en la filosofía alemana: 1860-1900*. Madrid: Sequitur.
- Borges, J. L. (2011). *Obras completas*. III. Buenos Aires: Emecé.
- Bruzzone, D. (2025). *Sentir el sentido. Fenomenología de la vida emocional*. México: LAG.
- Delumeau, J. (2022). *El miedo en Occidente*. Madrid: Taurus.
- De Biran, M. (1987). *Influence de l'habitude sur la faculté de penser*. Paris: Vrin.
- Comte, A. (1966). *Catéchisme positiviste*. Paris: Garnier-Flammarion.
- Frankl, V. (1978). *Psicoanálisis y existencialismo*. Mexico DC: Fondo de Cultura Económica.
- Frankl, V. (1987). *El hombre doliente*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (1988). *La voluntad de sentido*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (2011). *Logoterapia y análisis existencial*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (2012). *La presencia ignorada de Dios*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (2018). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- García, C. (1980). Desarma y Sangra [Canción]. En *Bicicleta*. SG.
- Grassi, M. (2023). *Phármakon: desalojos del deseo y la escritura*. Buenos Aires: SB.
- Nietzsche, F. (1999). *Aurora*. Barcelona: Alba.

Voltaire (1960). *Candide*. En Voltaire, *Romans et Contes* (pp. 137-221), Paris: Garnier.